

Beatos mártires del Quiché, racismo y genocidio en Guatemala

Blessed Quiché martyrs, racism and genocide in Guatemala

DOI: <https://doi.org/10.51378/eca.v77i768.6666>

Julio César Molina¹

Palabras claves:

beatificación, martirio, genocidio, reivindicación, liberación.

Keywords:

beatification, Martyrdom, genocide, discrimination, Liberation.

Recibido: 30 de agosto de 2021

Aceptado: 10 de octubre de 2021



Resumen

En los procesos de liberación que han vivido los pueblos de América Latina, muchas de los acontecimientos reivindicadores han sido objeto de campañas de desprestigio, con

intenciones bien dirigidas de contrainsurgencia y genocidio. Es importante profundizar en cómo la Iglesia católica reivindica moralmente los trabajos espirituales, pastorales y sociales de sus líderes, sobre todo de aquellos que más han incidido en su compromiso con los pobres. El silencio del atropello, la tortura y el etnocidio de las comunidades indígenas en Guatemala ha sido extremo, y la opción de la Iglesia católica y otros sectores tanto civiles como religiosos confesionales identificados con estas causas ha sido perseguida y reprimida. Con la declaratoria de beatificación de los mártires del Quiché, quedan grandemente esclarecidos los hechos de barbarie en las estelas de desinformación social y política interesadas, y en la proliferación de un protestantismo contrainsurgente, que han sido unificados en torno a las políticas militares oficiales genocidas. Todo esto está fielmente documentado, testimonial y bibliográficamente, en esferas intelectuales y religiosas de importancia, lo cual, desde una interpretación crítica, tanto en lo social como en lo cultural, se convierte en un grito clamoroso que activa la psicología de la reparación y la liberación individual, familiar y colectiva, que renueva los sueños y las utopías de las comunidades indígenas y de los movimientos que luchan contra la desigualdad y las asimetrías económicas de discriminación. Contra todo poder, emerge la fuerza sintetizadora de las luchas sociales, superando las barreras de la cooptación y la mediación de la violencia irracional oligárquica.

¹ Catedrático de Temas de Filosofía Social y Política (EDP) de la Universidad Rafael Landívar, campus de La Verapaz. Correo electrónico: juliomsc@yahoo.com

Abstract

In the processes of liberation that the peoples of Latin America have experienced, many of the vindicating events have been the object of smear campaigns, with well-directed counterinsurgency intentions. It is important to deepen how the Catholic Church morally vindicates the spiritual, pastoral and social work of its leaders, especially those who have most influenced their commitment to the poor. The silence of the abuse, torture, ethnocide and genocide of indigenous communities in Guatemala has been extreme, and the option of the Catholic Church and other confessional civil and religious sectors identified with these causes have also been persecuted. With the declaration of Beatification of the Martyrs of Quiché, the acts of barbarism that have been hidden for more than 40 years, in the wakes of social and political disinformation concerned, are implicitly denounced. In addition, the counterinsurgency Protestant expansion that, unified with the official military policies of national security, attests to one of the greatest genocidal barbarities in recent history in Latin America. All this is faithfully documented, testimonially and bibliographically, in intellectual and religious spheres of importance, which, from a critical interpretation, both socially and culturally, becomes a clamorous cry, which activates the psychology of reparation and liberation with collective scope, by which the dreams and utopias of indigenous communities and movements that fight against inequality and economic asymmetries are renewed and cultural marginalization and exclusion.

Introducción

Desde la beatificación y canonización de Mons. Óscar Arnulfo Romero en El Salvador, el 23 de mayo de 2015 y el 14 de octubre de 2018, respectivamente, el papa Francisco ha sorprendido, paulatinamente, con la beatificación de otros tantos mártires en América Latina. Sin duda, un tiempo que marcará un imperativo sociológico del cristianismo católico dentro de las notorias cualidades de actualiza-

ción sociohistóricas, tanto al interior crítico de la Iglesia católica como en sus interrelaciones ecuménicas.

Estas perspectivas han ido más allá de lo sucedáneo: el 23 de septiembre de 2017, era beatificado el P. Stanley Francis Rother, cuyo martirio está vinculado a su servicio a las comunidades indígenas en Guatemala, aunque fue beatificado en los Estados Unidos. Posteriormente, los mártires de la Rioja, el obispo Enrique Angelelli, junto al sacerdote Gabriel Longueville, el religioso franciscano conventual Carlos Murias y el laico Wenceslao Pedernera, todos beatificados el 27 de abril de 2019.

Los mártires riojanos sufrieron el martirio en tiempos de la dictadura en Argentina. Y continúa la lista, el Hno. Santiago Miller, FSC, beatificado el 7 de diciembre de 2019, en la ciudad de Huehuetenango, Guatemala; los mártires de Izabal, Tulio Maruzzo, OFM, junto al laico Luis Obdulio Arroyo Navarro, el 27 de octubre de 2018, también en Guatemala. Los más recientes, y quienes motivan esta reflexión, son los mártires del Quiché, beatificados el 23 de abril de 2021.

En todos los casos, fueron asesinados, con saña, lujo de represión y tortura, al estilo de la formación de las doctrinas anticomunistas y las estrategias político-militares de tierra arrasada y de seguridad nacional, que tenían su arraigo en la Escuela de las Américas, y que por su puesto tenía sus enclaves en los países latinoamericanos, especialmente donde se cohesionaron dictaduras gubernamentales al servicio de las oligarquías y del gran capital.

Este breve análisis nos invita a ir más allá del estereotipo religioso de la Iglesia católica, al valorar la experiencia martirial, que data del origen del cristianismo, “por odio a la fe” y que tradicionalmente ha guiado, durante los siglos, la evaluación de estos procesos, con suma rigurosidad religiosa, en sus aspectos históricos y sociológicos, hasta llegar a su reconocimiento oficial.

Encontramos, además, que en estas nuevas formas de martirio también está

presente una consistencia social y política, que viene a ser común a todas las beatificaciones y canonizaciones por martirio; sin embargo, hay que destacar en las beatificaciones del inicio de este siglo, la consolidación de una nueva lectura por parte de la Iglesia, ante estos asesinatos, que está directamente ligada a la búsqueda de la verdad, la promoción de la justicia y la consecución de la paz, con especial determinación en la opción por los empobrecidos en la región latinoamericana.

Guatemala es un país que en Centroamérica tiene una relevancia sociopolítica de importancia, no solo por lo que representó para los intereses de las cortes y familias que se fueron afincando en el poder desde el sistema colonial de explotación y saqueo, tanto de los recursos humanos como de las riquezas naturales, económicas y culturales, que siguen teniendo repercusiones radicales en la continuidad de un sistema represor, excluyente y criminal de dominación.

A la sombra de la tragedia del sometimiento de los pueblos, por una sucesión de oligarquías terratenientes, que en sus enclaves comerciales y financieros han oprimido la vida de estos pueblos, expropiando, despojando y masacrando, desde los aparatos estatales o para estatales genocidas, surgen una serie de inquietudes en cuanto a la interpretación política que puede y debe hacerse de las beatificaciones de todos estos mártires, y su repercusión en la historia como los más recientes mártires del Quiché, en Guatemala.

El papa Francisco, al referirse oficialmente a la beatificación, dos días después de la misma, dice explícitamente: “En Santa Cruz del Quiché en Guatemala, fueron beatificados José María Gran Cirera y nueve compañeros mártires, se trata de tres sacerdotes y siete laicos de la congregación de los Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús, asesinados entre el 1980 y el 1991”.

Sigue la cita, “fueron tiempos de cruenta persecución contra la Iglesia católica comprometida en la defensa de los pobres, animados por la fe en Cristo, fueron heroicos testigos de

justicia y de amor, su ejemplo nos haga más generosos y valientes en el vivir el Evangelio” (Lobos, 2021). Seguidamente en su alocución, posterior al rezo del *Regina coeli*, con el espíritu latinoamericano que le es propio, pide un aplauso para los nuevos beatos. Hace, así, un sitio a la alegría, a la fiesta y a la esperanza.

1. El Vaticano II, los signos de los tiempos y los mártires del Quiché en Guatemala

Definitivamente, desde una lectura hecha a partir de los signos de los tiempos, propio del espíritu del Concilio Vaticano II, es una nueva visión del martirio (Chopin Portillo, 2017, pp. 123-154) que, por supuesto, no olvida redimir la tradición que le es esencial, la inspiración de sus principios fundantes, la fe en Jesús de Nazaret y el evangelio del Reino de Dios por él predicado, y por los cuales han sido condenadas también estas personas al martirio.

Debido a ello, todas estas personas que han sido vituperadas, tanto por las derechas y extremas derechas como por las izquierdas, por sus radicales convicciones contra el sufrimiento de las víctimas, lo que convierte su testimonio en un mayúsculo signo de los tiempos, tres sacerdotes españoles (Cambor, 1985) y siete indígenas de las etnias maya quiché e ixiles, no pueden pasar desapercibidas, menos lo que reza la expresión popular “pasar de noche”, ante un hecho sin par en la historia reciente de la Iglesia católica en Latinoamérica.

Todos los casos están fielmente documentado en la *Positio super martyrio*, texto donde se recogen los documentos procesales y testimoniales que llevaron a su beatificación, la cual fue aprobada por la Congregación para las Causas de los Santos, de la Iglesia católica, en Roma (2018), lo cual es de una relevancia fundamental en cuanto a la eticidad y la moralidad sociológica sin precedentes.

Hay una especial relevancia, sobre todo por la conexión que este acontecimiento tiene en la historia de exterminio genocida que han sufrido los pueblos originarios en América

Latina y de igual modo con los movimientos de reivindicación de los pueblos indígenas en un trabajo espiritual, pastoral y social en el que los propios indígenas maya quiché, ixil e incluso q'eqch'i asumen, junto a sus líderes católicos religiosos, un protagonismo liberador.

Un acontecimiento histórico que redime a los pueblos indígenas y campesinos guatemaltecos, sobre todo desdiciendo la falacia anticomunista de sus asesinos y confirmando sus opciones y luchas por la justicia en el reconocimiento consciente de que fueron víctimas consuetudinarias de un consecutivo despojo y exterminio genocida, que data de 1492, por lo que estas personas se vuelven iconos de una realidad martirial.

En Guatemala alcanzó altos niveles de barbarie, con alrededor de 400 a 700 y poco más de masacres, en aldeas completas, en la política de tierra arrasada, salvaguardando el expansionismo del protestantismo de cuño colaboracionista al régimen. Muchas de estas masacres están documentadas en el Informe Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica, del Arzobispado de Guatemala (1998).

Es notable el acierto eclesial al reconocer religiosamente este acontecimiento socio-histórico de tal envergadura. Sin embargo, no se puede pasar de largo, como bien ha sido expresado por diversos medios y redes sociales de difusión masiva, la deuda política y judicial del poder irracional del Estado que los asesinó (Ruano, 2021), probablemente, porque tiene que hacer autorreconocimiento de sus propias responsabilidades y asumir los respectivos resarcimientos y reparación del daño a la dignidad y la vida de los pueblos sometidos.

Ante lo emblemático tanto en lo político, en lo social, como en lo religioso de lo que representan estas beatificaciones, cuando están situadas históricamente en la situación dramática que vivía Guatemala por los años ochenta, ya en ese año se había dado el 31 de enero la ocupación e incendio de la embajada de España, por fuerzas militares que

habían causado la muerte de 38 personas en su mayoría campesinos del Quiché.

Con el posterior "patrulleo" y ametrallamiento de la casa parroquial de Uspantán, donde residían los Misioneros del Sagrado Corazón, el 4 de mayo, y a continuación el asesinato del P. José María Gran Cirera, MSC, el 4 de junio de 1980, quien presidiría nominalmente la causa e investigación canónica y eclesial de estos hechos, por ser el primero de los asesinados en torno a esta etapa histórica, revela la magnitud de la institucionalidad gubernamental y militar genocidas (Fernández, 2020).

Asalta aún más la duda de por qué en un país donde el catolicismo, que en la actualidad, con poca diferencia de otros grupos religiosos en su conjunto, sigue siendo mayoritario, la beatificación de tres sacerdotes Misioneros del Sagrado Corazón, que se distinguieron en promocionar la vida de la gente, asumiendo sus mismas condiciones inhumanas de vivir y, al mismo tiempo, la lucha por hacer realidad sus anhelos de vida justa, digna y fraterna, sea tímidamente presentada.

Pareciera que las políticas de terror contra-insurgentes y anticomunistas siguen siendo pautas que rigen el comportamiento social gubernamental. A pesar de la forma creativa e histórica de asumir el espíritu de las pautas pastorales de la Iglesia latinoamericana y el fervor evangélico de conducir a los pobres, desde una posición solidaria, en grado de heroicidad, en lo que a los tres sacerdotes españoles y su congregación religiosa se refiere, y el ser mismos de los indígenas doblemente despojados y empobrecidos, radicalmente comprometidos con la búsqueda de mayores niveles de desarrollo, siguen siendo estigmatizados y silenciados.

Un dato especial, que es constante en los modelos teológicos-pastorales latinoamericanos, orientados desde la teología de la liberación, es que los laicos asumen una consciencia y un compromiso real en la construcción de su historia humana y de salvación.

Esto es lo que queda de manifiesto en esta constitución beatífica; son siete los laicos indígenas que sobresalen por su vivencia radical e inquebrantable de la fe y el compañerismo cristiano con sus pastores.

Dadas las implicaciones políticas y sociales de su compromiso, estos casos superan las fronteras eclesiales y político-estructurales; por tanto, tiene una incidencia nacional de manera directa. El hecho de que no sean reconocidos por el Estado es comprensible por su condición de responsabilidad genocida en este y otros hechos, pero es cuestionante que la sociedad, en todas sus expresiones religiosas, de alternativa política e incluso las organizaciones de búsquedas sociales alternativas, se queden inánimes.

Podría dar la impresión de que, de algún modo, están asociadas contrafacticamente con el juego del terror histórico, pues al guardar silencio, o hacer tímidas declaraciones, deja entrever cierto desliz consciente o inconsciente de incoherencia, o hasta complicidad neocolonial, en los proyectos civilizatorios del capitalismo neoliberal.

Probablemente, debido a lo difícil que es aceptar, para el Estado guatemalteco, su responsabilidad como perseguidora y asesinos, tanto a nivel político como ideológico-sistemático, atenta y actúa con pertinencia genocida contra los indígenas y cualquiera que ose abanderar la causa de su liberación.

El problema se agudiza para los gendarmes del *statu quo*. Especialmente, cuando los indígenas en conciencia van siendo capaces de construir su propio destino y de reivindicar sus propios derechos que, en lugar de representar los intereses de las grandes mayorías empobrecidas, han recibido a cambio marginación y exclusión.

Es elemental no solo el esfuerzo cotidiano por la justicia, que está lleno de heroísmo, sino también la conciencia política de sus derechos negados y hasta saqueados. Por ello interpelan las voces silentes, al interior de las estructuras religiosas, y de las mismas personas y movimientos sociales e intelectuales,

los cuales, en proximidad con los ideales de fe y compromiso, recobran sentido en la reivindicación social y eclesial de los nuevos beatos.

Si algún eco ha habido en los principales periódicos, sobre todo los de mayor circulación, ha sido posterior, probablemente por la importancia que ha tenido para el pueblo, especialmente para los indígenas en el Quiché y en Guatemala, donde son mayoría, pero también, de alguna manera, siguen siendo significativos, en personas, grupos y movimientos sociales que apuestan a su reconocimiento pluri e intercultural.

Es lógico que las estructuras actuales de poder no se pueden permitir reconocer como errores los lacerantes ultrajes contra la población civil, ni siquiera por la moralidad que pueda quedarles, pues los engranajes de poder que sostienen la injusticia en temas como el despojo de la tierra, la explotación, la marginación y la exclusión de los pueblos indígenas siguen tan activos como la defensa de intereses y privilegios de las clases potestadas.

Eso que a su vez les siguen dando consistencia a los motivos que los llevaron a matar. Así mismo, el genocidio y la barbarie, expresada clamorosamente en los mártires del Quiché, deja de representar y simbolizar las consecutivas formas de represión y terror que previa y posteriormente a estos hechos siguen negando la identidad cultural de los pueblos indígenas y de aquellos que asumen la casusa de su liberación.

2. La potencia del martirio ante las tendencias a obscurecer las beatificaciones por el “blanqueamiento” y ladinización liberal tradicional en Guatemala

Haciendo una revisión, de lo acontecido el 23 de abril en el departamento del Quiché, en Guatemala, la luz del exterminio genocida del que vienen siendo víctimas los pueblos mayas en sus diversas expresiones culturales no puede pensarse en un acto aislado, desconec-

tado de la realidad histórica en la que queda escrita con el sello de la entrega de la vida de estas diez personas, que apuntalan más de 600 masacres solo en este departamento.

Es interesante constatar cómo desde la llegada de los frailes de la Orden de Santo Domingo a Guatemala en 1524 (Perdomo, 2014, p. 45) los potentados españoles comienzan a polemizar en torno al problema de los pueblos originarios de esta región y contra una religión tremendamente vinculada a los problemas sociales y políticos, sea por lo que fuere, pero vinculación al fin.

Los alcances de una religión que es capaz de asumir un rol político que le demanda la fe quedan fielmente documentados, incluso por cronistas religiosos de la época: los duros tratos a los indígenas y el pseudorreconocimiento de su personalidad como especie con posibilidad de civilizarse irán constriñendo la riqueza cultural y todo tipo de recursos que les eran suyos, prospección de evolución natural en sociedad.

La potente evangelización pacífica de fray Bartolomé de las Casas alcanzará a la región del Quiché por el año de 1550 (Bianchetti & Otero Diez, 2021), donde iniciará una historia de fe, pero arraigada en la misma vida del pueblo, con preponderancia en el respeto a la dignidad humana, de las tendencias lascasianas (León Portilla, 2017), en estos pueblos. Sin embargo, como todas las regiones conquistadas y posteriormente colonizadas en América Latina, fueron objeto por más de 500 años de violentos vejámenes, explotación, despojo y exterminio.

La herencia de la conquista se puede encontrar en las formas ideológicas y militares de los enquistes del poder y la dominación que, a partir de modelos europeos, fueron construyendo una especie de mundo sobre mundo, es decir, se fue estableciendo una estratificación apocalíptica y señorial sobre la base sólida de una cultura ancestral y milenaria.

No es posible desdeñar la resistencia que ha caracterizado a estos pueblos, la cual

puede notarse en la conservación de lengua, gastronomía, trajes, usos y costumbres que hasta el día de hoy representan un potencial político y social, aunque permanezca en el umbral de lo negado; es más de lo cooptado, pero con una capacidad de renacer constantemente desde los cotos de sus raíces que no mueren.

La hegemonía del poder blanco y conquistador se impone y, a pesar de las posibilidades abiertas por la orden dominicana, la tortura y la violencia se irán convirtiendo en instrumentos de los que se atribuirán incluso a las personas dentro de las ganancias del Nuevo Mundo, aquello que severo Martínez Peláez describirá como *La patria del criollo* (1994).

En este ambiente de imposiciones y resistencia, ha transcurrido la vida y la historia del pueblo del Quiché, en un país eminentemente indígena, pero con un contrapeso pujante de los modelos y estereotipos de la dominación colonial criolla y burguesa, que como campo de contención sigue oprimiendo y negando la fuerza cultural de los pueblos mayas en Guatemala.

Esta supremacía ladina, dentro de los derroteros civilizatorios de la conquista y colonialidad que se impone, desplegando toda la capacidad ideológica y militar a su alcance, ejecutará por los años 1980 el asesinato de miles de catequistas, delegados de la palabra y fieles de la Iglesia católica y civiles en general.

Algunos nombres son de mención común en la *vox populi* y otros están fielmente documentados, como el sacerdote maryknoll Guillermo Woods, los sacerdotes diocesanos Carlos Gálvez y Stanley Rother, los sacerdotes misioneros del Sagrado Corazón José María Gran Cirera, Faustino Villanueva y Juan Alonso Fernández, los sacerdotes de la Congregación del Inmaculado Corazón de María Walter Woordeckers y Conrado de la Cruz, los jesuitas Carlos Pérez Alonso y Pedro Martínez cano, el franciscano Tulio Maruzzo, el dominico Carlos Morales, el hermano de La Salle James Miller y la hermana betlemita

Victoria de la Roca, Mons. Juan José Gerardi y tantos más (Perdomo, 2014, p. 284).

Algunos de ellos ya fueron beatificados. De los mencionados, los más recientes, el 23 de abril de 2021, en el Colegio Nuestra Señora del Rosario, regentado por las Hermanas Dominicas de la Anunciata, en Santa Cruz del Quiché: los tres sacerdotes religiosos de la congregación de los Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús, los padres José María Gran Cirera, Faustino Villanueva y Juan Alonso Fernández.

Junto con ellos, también fueron beatificados siete de sus compañeros laicos indígenas, campesinos de las etnias ixil y quiché, comprometidos en los procesos de evangelización y promoción humana y social: Domingo del Barrio Batz, Tomás Ramírez Caba, Rosalío Benito, Miguel Tiu Imul, Reyes Us Hernández, Nicolás Castro y Juan Barrera Méndez, un niño que andaría alrededor de los doce o quince años.

La concreción de esa barbarie tiene su inicio, dentro del contexto del asesinato de Mons. Óscar Arnulfo Romero, perpetrado por elementos de la extrema derecha salvadoreña el 24 de marzo de 1980 mientras celebraba la eucaristía en un hospital de enfermos de cáncer, regentado por las hermanas Carmelitas Misioneras de Santa Teresa.

El obispo mártir ya fue declarado santo de la Iglesia católica el 14 de octubre de 2018. En esta misma coyuntura religiosa, el papa Francisco reconoce el heroísmo y martirio de los mártires del Quiché, y de la misma manera están anunciadas en El Salvador las beatificaciones del P. Rutilio Grande, SJ (sacerdote de la Compañía de Jesús) junto con Manuel y Rutilio Lemus, y se espera el reconocimiento de una serie de causas más como la del P. Cosme Spessoto, OFM (de la Orden de Franciscana Menor).

En realidad, la beatificación de los mártires del Quiché destaca por ser un reconocimiento múltiple, como múltiples fueron las masacres contra centenares de aldeas que enteramente fueron quemadas o acribilladas. Por lo mismo,

vienen a representar unos signos que expresan la victoria de la resistencia ante los poderes avasalladores criollos y mestizos burgueses que siguen imperando en Guatemala.

Es la identificación del clamor y necesidad de reparación de las miles y miles de víctimas del conflicto armado interno que sigue franqueando sus mecanismos de alienación y cooptación de las estructuras por medio de las cuales las nuevas oligarquías siguen reproduciendo sus estrategias de ladinización y “blanqueamiento” racista y monocultural.

Visto desde esta perspectiva, la beatificación de los mártires del Quiché viene a corresponder a esos momentos que, como diría el P. Ignacio Ellacuría, SJ, operan llana y diáfananamente las rupturas de cualquier estandarización histórica prefabricada. Como un desgajamiento exigitivo, estabilidad — liberación—, subtensión dinámica (1999, p. 75), dando paso a la generación de las realidades que le son en propio, las cuales ya no estarán sujetas a mimetizaciones ni a sesgos interesados.

De ahí, pues, que estamos ante un momento de autenticidad histórica que, de ser asumido en la transparencia de su autenticidad, es un peligro para los *status* de poder, pues descongela el carácter trascendental de las motivaciones de liberación social que subyacen al silencio, la humillación y la opresión, convirtiéndose en una especie de convocación de movimientos sociales de reivindicación y provocación a los garantes de la dominación.

3. Religión, ideología colonial y silencio político

La fuerza especulativa colonial desarrolla una serie de mitos y arquetipos modernos por medio de los cuales se fundamentan los estereotipos ideológicos de dominación. La pluralidad de visiones que sostenían las categorías de las cosmovisiones precolombinas fueron sustituidas de golpe, en un choque civilizacional, quizá no de la noche a la mañana,

pero casi, desde los procesos inquisitoriales durante la conquista.

Estos procesos se delinearon desde los nuevos conceptos, los cuales dictaron las formas de entender y asumir la vida. La fuerza bruta, acompañada de arsenales militares superiores, fue uno de los instrumentos fundamentales de anteponer el nuevo sistema de cultura y sociedad. Con estas imposiciones neosociales y neoculturales, se erigirá la matriz del sistema colonial, que definirá el destino de estas regiones marcadamente indígenas.

La historia no es solo un cúmulo de momentos en el espacio y en el tiempo, son modos de estar presente en la realidad, de comprensión del ser humano y de asentamiento ideológico. Las demarcaciones de esta ideología pueden estar ancladas desde la clarividencia de la consciencia cultural o desde su obnubilación y modificación interesada.

En todo caso, los compuestos ideológicos, fundamentalmente liberales y modernos de la colonialidad del poder heredado, siempre han estado a la base de las perspectivas morales, que han estado modelando el espectáculo aquiescente de unas élites que sostienen su poder, con las estructuras políticas a su servicio y los arquetipos ideológicos de su funcionamiento social.

Y, de hecho, los entramados metafísicos, gnoseológicos y epistemológicos parecen responder a esas formas antropológicas que se hacen estructuras y van determinando el posicionamiento oligárquico del poder. Es interesante cómo, incluso el hibridismo y el sincretismo que conecta ideológicamente las raíces de la ancestralidad alcanza a consolidar las improntas religiosas y militares de la colonización y la neocolonización.

El elemento religioso no es excepcionalidad en un conglomerado ideológico como el de la colonia, sobre todo como rol persuasorio, lo cual le coloca en situación de privilegio por su capacidad de legitimar el control estatal no solo de los cuerpos, sino también de la interioridad psíquica y biotranscendental,

de la composición interesada de la historia, fundamentalmente en los estereotipos republicanos y nacionales (Soria, 1986, pp. 37-38).

Pero también puede representar, en determinados momentos, la verdad coherente y paralela y desideologizadora, por la ineludible conexión étnico-religiosa e intelectual. Con los mártires del Quiché, nos encontramos con procesos evidentemente liberadores, donde la desalienación cae por su peso.

La identidad indígena maya quiché e ixil se redescubre, desde el interior de la cultura, donde reside lo no doblegado a la hibridación o al sincretismo religioso e ideológico político, lo que genera una relevante participación social de colaboración, tanto efectiva como afectiva, en la transformación y construcción de una potente y nueva realidad.

La lectura que se puede hacer de esta coyuntura de realidad histórica permite superar la relativización instrumentalizada y le da vida a detonantes insurgentes y significativos de concienciación de una real y necesaria liberación, por encima del aparente éxito genocida militar, que no solo es reducido a una función servil y punitiva de la demagogia colonial (Alvarenga, 1996), sino también es evidenciada en su degradación moral.

Así como el momento de crisis política es utilizado para la represión ideológica-religiosa, el adoctrinamiento autodestructor y la introyección del terror, también es el cauce de la introspección y la extroversión de la resistente identidad. Esto viabiliza el conflicto de intereses, sobre todo en lo que se refiere al cuestionamiento espontáneo de la consciencia, del sentir como pueblo explotado y oprimido.

Por lo tanto, no solo se agudizan los pseudorrefugios ideológicos, especialmente los de cuño religioso, sino que se legitima la convocatoria a la protesta y la rebelión de las grandes mayorías empobrecidas; en el caso del Quiché, de los miles de indígenas y campesinos que no claudicarán a su conversión social, política y religiosa de carácter liberador. Romperán a voz en cuello el silencio político instrumental.

La confrontación ideológica adquiere carácter político, sea como argumento militar y paramilitar de las élites oligárquicas o, paralelamente, en las expresiones indígenas, sociales, religiosas, políticas y culturales más significativas. Se verá desde la fe, la biblia, los sacramentos, la celebración litúrgica, etc., e incluso desde las formulaciones y símbolos devocionales,² que están arraigadas al fiel, al creyente.

El mismo compromiso religioso, considerándose al contraste político con su función de cohesión social, será considerado como subversivo y perseguido hasta el grado de la humillación, la tortura y el asesinato. Este dato que será una constante en todos los procesos de presión y represión militar y gubernamental, desde los derroteros coloniales y sus condicionadas formas de mantenerse en el poder.

Es esta insurgencia, casi natural a la conciencia desdeideologizada, la que no cabe, en un sistema que automatiza las mediaciones políticas con todas sus estructuras, en una ideología de corte moderno liberal y neoliberal. Sabe situarse en el desentrañamiento del potencial liberador de la gente y vehicularlo a un auténtico compromiso ético de liberación, desde su empoderamiento social y cultural.

Desde este modo, las recientes beatificaciones martiriales que han acontecido en Guatemala no solo tienen una acepción religiosa y cultural, sino también política y moral, dejando en entredicho el proyecto civilizacional colonial, sus postuladores, gendarmes y acreedores privilegiados, y reivindicando la respuesta cristiana, la socialización de la objetiva opresión y la necesaria protesta-propuesta de la organización popular (Werner, 2015).

Cualquier correlación con estas perspectivas de socialización cultural y religiosa de la liberación, inmediatamente es etiqueta, como degeneración del sistema dictatorial, y, por su puesto, será castigada por el patriotismo antisubversivo y el anticomunismo nacional. Se hará desde la política de tierra arrasada de la seguridad nacional o desde la cooptación económica e intelectual, donde se reproducen los esquemas de sumisión y dependencia política, religiosa, colonial y neocolonial.

4. Genocidio: entre la locura del terror militar y la esperanza cristiana en una Iglesia local³

Las fuerzas y sinergias populares desde la conquista son intervenidas a partir de los juegos de intereses coloniales con una serie de “naturalizaciones” que son utilizadas por el sistema como la base de las estructuras a su servicio para mantener la dominación; puede llamarse “estrategia oligárquica”, pero es presentada como “proyección social de progreso y desarrollo”. Sin embargo, en cuanto estas son articuladas para el servicio de la conciencia social de liberación, son perseguidas como subversión y comunismo.

Los que parecen sanos movimientos de liberalidad económica y estructuración del orden social en la perspectiva del neoliberalismo mundial se convierten en obligaciones extenuantes bajo una explotación subvencionada y la miseria encarnecida para las grandes mayorías indígenas en Guatemala. Cuando se alcanza a liberar esa liberalidad inoculada y se logran las asociaciones identitarias, como la operada por la reciente beatificación en la zona del Quiché, son evidentes los visos de ruptura del silencio y la concienciación de su opresión.

- 2 El rosario encontrado en el bolsillo del pantalón de Juan Barrera Méndez (Juanito, el niño mártir de Zacualpa) evidencia del “terrorismo revolucionario” que habría de ser exterminado, en el caso de este niño y los otros nueve mártires beatificados, representación excepcional del genocidio de miles y miles de indígenas y campesinos asesinados con lujo de insensatez, tortura, saña y barbarie.
- 3 Terminología sociológica de la Iglesia católica para referirse a un territorio eclesial, tanto humano como material, que corresponde a una determinada diócesis. En el caso histórico que estamos tratando, la diócesis del Quiché. Fundamentalmente, en la época de la atención pastoral de la congregación de los Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús (MSC) y la consuetudinaria configuración diocesana en la actualidad.

Aunque estas prácticamente son experiencias con una relativa temporalidad, no dejan de ser indicadores de apropiación social de construcción histórica, que interrumpen gnoseológicamente la cooptación del inconsciente colectivo, la discriminación y el acto discriminador cultural y, de alguna manera, cuestiona la denodada cooptación estructural de las tradicionales élites en el poder.

La concepción modélica de la oligarquía, entonces, tiende a verse, momentáneamente cuestionada, no solo en sus estructuras externas, sino en los marcos ideológicos de representación de intereses, lo cual, en una sociedad como la guatemalteca, tiende a remover el antagonismo cultural, es decir, sus connotaciones psicosociales colectivas (Martín-Baró, 2020, p. 390). Esto, en los pueblos indígenas, está directamente relacionado con la racialización del poder, el cual esta aposentado en las manos de los criollos y mestizos descendientes.

A este compuesto ladinoideológico de aculturación en el que descansa la superestructura de discriminación, sin embargo, le ha sido imposible acabar con las raíces ancestrales que están presentes en el plano sociológico. Con mucha fuerza, aparecen en estos momentos sociohistórico-religioso, lo que quiere decir que las culturas se encuentran vitalmente secuestradas, como en un calabozo de racismo y marginación.

De estos impulsos, necesariamente, pueden sorprender las fuerzas que se correlacionan para realizar los cambios culturales que sean necesarios, quizá en la preparación y la organización de una actividad religiosa que, sin embargo, reencausa no solo postulados de cambio y transformación sociocultural, sino también el despertar de la capacidad de mantener una identidad colectiva.

En cuanto se establezcan las correlaciones de fuerza, y puedan operarse los deslindamientos subjetivos de la alienación o culturización colonial, será inevitable la ruptura con la mítica unción oligárquica, especialmente en una geopolítica mundial, en la que cada

vez más la multiculturalidad deja de estar a la sombra del proyecto único de la globalización neoliberal y se abre paso a las reafirmaciones culturales y los humanos reconocimientos.

La confirmación de los genocidios a nivel mundial, la devastación ecológica del proyecto económico capitalista, la cada vez más presente valoración cultural, por lo menos a nivel turístico mundial, van paradójicamente desde el terror que generan, posibilitando también la socialización de la calidad identitaria y cultural, y además redefinen las prioridades comunitarias ancestrales de un buen vivir.

No solo desde los indicadores de desarrollo de la civilización colonialista, sino en sus más intrínsecos potenciales en la cultura, encontramos en afirmaciones autorizadas, como la aseveración de Mons. Rosolino Bianchetti, en una entrevista publicada en *YouTube* por los Misioneros del Sagrado Corazón. En uno de los documentales que circularon previamente a la beatificación, el actual obispo titular de la diócesis del Quiché hace afirmaciones que colocan este acontecimiento en la perspectiva de los signos de los tiempos.

En su alocución, el obispo Bianchetti (2021) deja claro que en Roma están muy ilusionados porque en Guatemala ya no se habla únicamente de las semillas del verbo, pues ya hay frutos, los beatos son ese fruto más bonito y más bello que haya podido producir la buena noticia de Jesús en estas tierras, regadas por la sangre de los mártires.

Pasando la realidad de los pueblos quichés, ixiles y q'eqch'és por el lente de la mundialidad digital, nos encontramos que su inserción no siempre es reconocimiento y dignificación, sino más bien una subsunción que les invisibiliza cultural e idiosincráticamente en una hibridez endógena que socapa de inclusión y promueve un pluralismo enajenador de las identidades indígenas.

Esta engañosa integración es más perceptible cuando se agudizan las maniobras de selectividad social y civilizatoria. El alcance

teórico ideológico se visualiza en la materialización histórica de una especie de enclaves imperiales que, al estilo cultural griego o político romano, pretenden intervenir y redimir el mundo social y religiosamente al modo convencional occidental.

Cuando los cauces de información son controlados por una denodada manipulación y jaloneo de intereses, se establece una dicotómica y asimétrica relación cultural, no solo en lo que se refiere al poder político institucional, sino también del poder que generan realmente las relaciones y los vínculos de una historia de vulneración y humillación de los pueblos indígenas. Esto coarta anticipadamente su propia incursión cultural y la condena a un simple acondicionamiento tautológico.

De la misma manera, no es de extrañar que, aunque lo que aparece en primera instancia es la gran desigualdad económica, la afección fundamental es en el inconsciente colectivo de reivindicaciones, que influye cognitivamente en la afectividad de los pueblos y los condena a la ineffectividad de su potencial, que coarta la posibilidad de un empoderamiento fraternal lógico y material-institucional, y coadyuva a la inevitabilidad del sistema o régimen, por muy autoritario que parezca o sea.

5. El fetiche anticomunista y la legitimación del genocidio en Guatemala

Un acercamiento formal a la realidad de los años sesenta en el área centroamericana inmediatamente nos remite a la historia de opresión que se reinventa por los años sesenta en forma de dictaduras que irán delineando un modo de construir sociedad. Guatemala seguirá la misma ruta y comenzará una cacería de brujas anticomunista tras los lineamientos del militarismo que acompañará una especie de nuevo imperialismo que aún hoy continúa en este afán, pero no acaba de consolidarse.

Es subjetual, pero bastante objetivo dada la contundencia, que la membresía neoliberal ha hecho historia meritoria desde el interior de las estructuras de poder, que se ven obligadas a venderse a cualquier precio, con tal de no perder los privilegios de poder que les han dado la posición de verdugos de sus mismos connacionales, manteniendo los antiguos esquemas opresores que aseguraron el poder de los señores colonos y conquistadores.

El afincamiento consciente o inconscientemente de un neocolonialismo no desdice, más que en sus revestimientos transmodernos de la dominación en la era digital, todos los procedimientos de subyugación y negación de la identidad y supremacía de las raíces culturales que perviven, aunque sea en actitud de pasivo potencial humano y activo capital económico. Esto puede valorarse de manera más contraética después de las garantías económicas que le ha generado la pandemia del covid-19.

La continuidad del poder colonial es una especie de maldición que, encubierta de liberalismo y modernidad, retrotrae los dinamismos de humanidad, los mismos que fueron propugnados en el encuentro de los blancos conquistadores, los indios no-hombres y los negros animales de tiro y carga. Por supuesto, en el sentido humano de la actualidad, cabe mejor situarlos en algún lugar de reconocimiento multicultural, pero sin prescindir de las mismas posiciones, las cuales no permitan otro modo de expresión social.

Por las connotaciones que el sistema ha venido adquiriendo, pareciera que el exterminio de lo que genere una vitalidad que no esté en línea con la plasticidad de lo sintético no tiene cabida y su exterminio es como un deporte, cuando se siguen repitiendo historias de genocidio con las mismas características de la gran invasión, pero como un fenómeno que podría generar controversia cognoscitiva por los estigmas autodestructores homicidas.

Es impensable, después de la devastación cultural, asumir una responsabilidad; sería hacer consciente una especie de culpa histó-

rica por la que habría que pedir perdón, como de alguna forma se empeñaron en hacer los Misioneros del Sagrado Corazón, venidos de España en 1955, asumiendo esta vasta región como lugar sociológico de reivindicación y manera de hacer presencia liberadora en la región.

Desde 1965, cuando en poco tiempo había adquirido las providencias necesarias para ser erigida diócesis, con unas formas completamente adversas al sistema monocultural del hibridismo colonial, el proceso de autenticación cultural irá fortaleciéndose al compás de los movimientos de toma de conciencia, generados por el compromiso de la Iglesia católica en América Latina a través de su estructura jerárquica más autorizada, el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM).

Con el nombramiento de Mons. Juan José Gerardi Conedera y las pautas del CELAM, fueron dando a la pastoral de los Misioneros del Sagrado Corazón una autenticidad eclesial y evangélica que hasta el día de hoy sigue siendo emblemática, por la formación y la organización laica que asumió su pastoral, pero al mismo tiempo contraproducente para el sistema de manifiesta imperialidad que se configuraba en el hemisferio.

Bajo estas nuevas tendencias socio-religiosas, se desatará una encarnizada persecución contra la Iglesia católica a nivel continental y contra aquellos grupos religiosos, cristianos o no, que ofrecieran resistencia a la geopolítica imperial con acento colonial. Al mismo tiempo, en distintos puntos del planeta, también se estará despertando la conciencia por alcanzar niveles de liberación y reivindicación social y cultural; de ahí que muchos grupos religiosos, de corte protestante, serán enviados con fines específicos de complicidad con el sistema militar y económico neoliberal, o deberán asumir el régimen de contrainsurgencia si pretenden sobrevivir.

Aunque estos procesos de sometimiento, racismo y exclusión contra los indígenas eran frecuentemente después de la independencia

de 1821 (Bataillon, 2008, pp. 51-75), el anticomunismo sirvió de bandera y escudo para justificar el uso de toda la fuerza militar e ideológica del Estado ladino, criollo y mestizo en los aparatos de reproducción sistémica del terror.

Para mantener el poder de los regímenes elitistas (Parkman, 2006) en países como Guatemala, por sus grandes mayorías indígena mayas y una fuerza cultural que hunde sus raíces milenariamente, la represión y opresión necesitará crear los brazos militares y paramilitares necesarios, bajo la sutil consigna del anticomunismo que, al mismo tiempo, será la fachada legal de nuevas oleadas de genocidio.

Un nuevo Estado militar-autoritario se irá gestando. El genocidio, el racismo, la marginación, la opresión, la persecución y el exterminio de todo lo que signifique indígena irá poblando de significaciones interesadas los organismos que tienen relación directa con la salud, la educación, la seguridad nacional, etc., lo que irá dándole forma al nuevo orden económico y neoliberal de las elites oligárquicas que se han enquistado tradicionalmente en el poder.

6. La represión y la ideología opresora como mecanismos políticos de dominación y negación cultural

La ideología anticomunista no era más que la oportuna justificación de la represión, la que al mismo tiempo reforzaba la necesidad de organización popular. La beligerante pobreza y la marginación a nivel nacional de las grandes poblaciones del Quiché fue aumentando el deseo consciente de alcanzar niveles de vida más sustentables, pero sin tener que vender su identidad cultural o seguir en esa entrega obligada de sus recursos y valores, condicionados a su sobrevivencia.

El gran problema es que, aun y con todos los alcances positivos de la organización política y las mejoras de sus comunidades, estos esfuerzos no han sido suficientes para alcanzar su liberación integral. Sin embargo, el espíritu

religioso alcanzado por las nuevas propuestas pastorales y evangelizadoras caló hondo en las correlaciones sociológicas de los pueblos y sus aldeas, como lo hizo en gran parte de la América Latina, generando incluso aperturas ecuménicas con la cultura y otras confesiones que han venido convergiendo en la recuperación de ideales del cristianismo primitivo.

La negación de oportunidades para entrar asimétricamente en el mercado laboral, en la participación política e incluso en una configuración religiosa desde los enclaves originarios de una conciencia cristiana han imposibilitado el avance de lo que podría ser un catolicismo más incisivo, sobre todo las bases radicalmente instaladas, no solo como la superficialidad de las sectas anticomunistas, sino desde la autocomprensión de posibilidades sinérgicas de una dinámica y actualizada eclesialidad social y cultural.

Las barreras y los vicios coloniales y neocoloniales de las oligarquías les ha constituido en verdugos de las mayorías indígenas, y aquellos convertidos en conciudadanos del Estado nacional se vuelven vasallos en un sistema y constriñen cualquier posibilidad de ascenso que pueda entorpecer sus planes de conservación de estatus y privilegios de poder. Harán todo lo que está a su alcance para no perder esas posiciones y por impedir que estas puedan descansar en las capacidades indígenas, que no dejan de dar signos de asimétricas potencialidades.

Los rasgos de este antagonismo articulado con consciencia de causa sigue siendo la normativa antiindígena en Guatemala, quizá por una especie de amenaza natural, que se empeña en seguirles viendo como artículos exóticos y de turismo, más que como los artífices y constructores de unas de las regiones auténticamente culturales de Centroamérica, que de alcanzar posiciones abiertas y jurídicamente reconocidas podrían darle un cariz de una sustancial y sostenible calidad de vida.

La resistencia indígena sigue planteando las mayores perspectivas de futuro para la región en lo que a buen vivir se refiere, desde

la comunidad contrahegemónica, capaz de cohesionar identidad, autonomía y soberanía cultural. La beatificación de siete indígenas y tres sacerdotes españoles, con quienes trabajaron mano a mano y asumieron luego un protagonismo, ha marcado procesos interculturales de socialización religiosa, política y epistemológica.

La producción liberal ha cosechado una institucionalización de la violencia opresora y represora, que mantiene la negación y la marginación de lo que, de ser asumido en su profundidad sociocultural, podría dar libertad de gestión y sostenimiento integral y sostenible de recursos, como la misma organización desde objetivos completamente diferentes a los del resguardo de intereses de una oligarquía trasnochada. No podemos poner en cuestión la asimetría de capacidades, sino el conflicto de intereses que detiene la exploración de posibles actualizaciones de progreso y desarrollo da carácter originario y cultural.

Con la beatificación de los mártires del Quiché, se reivindica el valor de las semillas del Verbo, como reconocimiento cultural de las significaciones ancestrales de la experiencia religiosa de los pueblos originarios, que con este acontecimiento tiene un valor no solo sociológico, sino político y que, de acuerdo con los parámetros epistemológicos, podría abrir la antigua reflexión sobre la dignidad humana defendida por Bartolomé de las Casas y Antonio de Montesinos.

El estigma y estereotipo para clasificar a los pueblos, cuando su pasiva resistencia es colmada y hacen unos de sus legítimos de derechos de defensa, es de “violentos” (Alvarenga, 1996). Así lo confirma la historia de levantamientos y movimientos insurreccionales, por ejemplo, el etnocidio de 1932 en El Salvador y la relativa identificación con la historia de dictadura y poder militar con Guatemala

Bajo estos postulados, se argumentarán la represión de las fuerzas establecidas y de poderes facticos en la región centroamericana, las cuales se han preparado sobremanera con

estrategias de tierra arrasada y han equipado sus guarniciones militares para socavar de manera abrupta con asesinatos en serie contra civiles, incluso de muchos indígenas, mujeres embarazadas, niños y niñas, que no tenían conciencia de por qué les mataban.

Estas y otros modos de estrategias contra-insurgente, como la de “quitarle el agua al pez”, que consistía en arrasar comunidades enteras de indígenas mayas, cuyo delito era ser pobres, campesinas e indígena, de alguna manera reforzaba la responsabilidad con la justicia y dignidad de su pueblo, asumiendo responsabilidades, inspirados por proyectos sociales y de mejor calidad de vida, de profundidad cristiana o religiosa, o incluso de acceder a un grupo de reivindicación armada; en todo caso, tenían presente que eran opciones a riesgo de perder la vida a manos del ejército nacional o grupos paramilitares de exterminio.

Estos han sido procesos constreñidores de la voluntad indígena o de los que se atreven con ellos a hacer causa común de liberación, adoptando las características de sometimiento y control que va pasando del declarado militarismo asesino a la utilización de los actuales medios de difusión masiva, incluso desde las posibilidades digitales y cibernéticas actuales (Leona, 2011, p. 123), desde las cuales se intercepta, interviene y neutraliza cualquier movimiento contra sistémico.

7. De un itinerario de muerte y dogmatismo genocida a la esperanza reivindicativa

Las reflexiones en torno a los hechos martiriales, exhaustivamente investigados y pronunciados por la Iglesia católica, como la beatificación de los diez mártires del Quiché, los siete indígenas catequistas y los tres sacerdotes misioneros del Sagrado Corazón de Jesús hunden sus raíces en la prominencia de la herencia de los Estados nacionales, que surgen como impronta de la independencia del poder español.

Estas gestas, que en un primer momento asumen carácter emancipador, analizadas con más detenimiento, sobre todo desde lo que significó posteriormente en Estado nación, como estructura elitista política poscolonial, es claramente identificable con la contrapartida y la sutilidad para la preservación del *statu quo* neocolonial.

Para la puesta en marcha de la política militares anticomunistas será determinante la conservación de los intereses criollos y mestizos liberales, que tienen su base en las grandes gestas independentista en Centroamérica y en la certera afirmación histórica del acierto oligárquico en la conservación de intereses que, desde el primer momento, pusieron en evidencia la nula importancia por el desarrollo de la región, ni siquiera desde la perspectiva de una alianza política de intereses, sino que se alejaron consecuentemente de los intereses comunes de la federación centroamericana.

La unidad que pudo verse como una luz al enfrascamiento de los procesos de evolución social quedó especulada en un proyecto que nació muerto, sobre todo por el afán hegemónico y monopolizador de las élites económicas. Estas cada vez estarán más arraigadas en su rol de estertores únicos del comercio y la mercantilización, participando como colaboradores directos del orden neocolonial mundial.

Con el café, la mano de obra barata en las compañías cañeras y bananeras, las agroexportaciones, los enclaves de corporaciones transnacionales, las maquilas, y el consumismo interno de productos sintéticos importados, etc., en su conjunto, procurarán no solo la subalternización territorial, sino también la simbólica cultural (AVANCSO, 2012, p. 65), favoreciendo un campo idílico para la introyección ideológica del neoliberalismo y la expansión transmundializada de un nuevo orden político, social, cultural y militar.

Fue connatural a la región centroamericana la búsqueda de liberación, desde las expectativas del poder popular, en Guatemala,

aunque se comparte, con la región centroamericana, el surgimiento de movimientos de protesta (ASIES, 1991), alzamientos armados y organización para resolver los problemas básicos de la población, como la tierra, la salud, los sueldos dignos y la educación.

El panorama se mostrará más complejo cuando estos temas habrán de tratarse desde consideraciones pluriculturales mayas, en las que primará un debate por la interculturalidad de sus poblaciones, desde la diversidad de sus posiciones que, aunque hay convergencia cultural en elementos comunes, comparten características que redimensionan y resitúan particularidades étnicas.

Aunque haya mayor conciencia de la necesidad de romper con las viejas estructuras de poder colonialista (Torres-Rivas, 2015) y de canalizar las correlaciones y el empoderamiento procesual de una interculturalidad crítica, la misma que aun con el reconocimiento de la comunidad internacional con la entrega del Premio Nobel de la Paz a Rigoberta Menchú, no alcanzarán los aparatos institucionales civiles, ni en lo gubernamental, ni en lo no gubernamental, para el establecimiento de una participación plurinacional.

A pesar de no concretarse y activarse los mecanismos institucionales, en la perspectiva de la construcción de un Estado nación incluyente y soberano desde la especificidad indígena del país guatemalteco, será imposible para las políticas estatales de desarraigo cultural cooptar la subjetualidad protagónica y la subjetividad relacional, que hunde sus raíces en aspectos ético-religiosos e incluso los elementos católico-cristianos que han sido incorporados.

El sentido de la comunidad, la solidaridad, el cuidado y el respeto de lo humano y la naturaleza en relación directa con el proyecto social concebido por su cosmovisión ancestral seguirá siendo el referente interpretativo de los hechos de su cotidianidad, lo cual ha quedado de manifiesto cuando asume las beatificaciones de los mártires del Quiché con serenidad y alegría.

La resistencia se refuerza en la esperanza que ofrece la reivindicación eclesial de las opciones cristianas que se ven patentizadas, tanto a nivel de creencias y convicciones, como en las opciones religiosas, políticas y sociales de los que ya son públicamente venerados y ofrecidos como modelo de vida personal y colectiva, en la búsqueda de condiciones de mayor dignidad e igualdad humanas.

8. Conclusiones

Necesariamente, abordar las recientes beatificaciones del Quiché, en Guatemala, desde el genocidio y la barbarie militar con sus política del terror y el control desde el enfoque civilizatorio criollo y mestizo, burgués, colonial y neocolonial podría parecer una ingenuidad sociológica; sin embargo, la historia pareciera avalar el acontecimiento sociohistórico en afirmación de identidades que pueden dar origen a grandes movimientos, no solo religiosos, que es de esperarlos y suponerlos, sino también sociales y político-culturales.

Esta correlación entre cuestionamiento y su correspondiente actualización de compromiso social buscan transformaciones y reivindicaciones sociales que tienen que vérselas de frente con la barrera infranqueable de la arquetípica dominante. Por lo tanto, nuevamente suele enganchar a las mayorías oprimidas en las formaciones laborales y de explotación subsidiadas por las grandes corporaciones y las pequeñas sucursales a su servicio.

Sin embargo, hay una arquetípica más representativa y es esa que viene dada por una herencia ancestral que tiene constantes actualizaciones, pero no alcanza el ritmo meritorio para no desvincularse de la potencialidad sistémica que la amordaza (García Canclini, 2008). Esta no puede desintegrar las posibilidades de autodesideologización comunitaria cuando la confraternización interactúa cultural y subsidiariamente.

Es un fenómeno deliberativo e histórico, tiene características religiosas que son ineludiblemente políticas y eso suele ser una constante amenaza cuando alcanza niveles en los que la conciencia de religación adquiere legítima y natural supremacía, que incluso es capaz de desestructurar los hilos que ha venido tejiendo y teje aún en la actualidad el hermetismo colonial.

La ideología del sistema hegemónico pareciera ser irreversible en sociedades donde aún deslumbra con la demagogia de un capitalismo altruista y benéfico que, aunque continuamente se ve interpelado en las constantes crisis de “civilización”, no alcanza a autointerpelarse, ni siquiera por los llamados de humanización o moderación, contra el espejismo depredador de los postulados de lucro y competencia, más aún cuando tiene que sujetarse a un rebalse habilidoso y a sus reacciones cuando se descubre amenazado.

Ante manifestaciones coherentes, que paulatinamente llaman a una conversión ética, el control y la persecución de las únicas posibilidades y medios que le quedan a los pueblos son: la protesta y la confrontación moral contra la corrupción y la cooptación político-estructural pactada, que clasifica la continuidad en el poder, y la ineluctable persecución del profetismo, sea civil o religioso confeso, que se vuelve un imperativo cotidiano.

En Guatemala, desde la época de la colonia, la opresión y represión es la realidad continuada, aunque ahora estos mecanismos se refinan y perfilan desde los aparatos ideológicos y epistémicos de las tecnologías modernas. De ahí que pongan todo su interés oligárquico en establecer alianzas con grupos sociales de poder económico, cúltero-religiosos y militares. Sin lugar a duda, la estrategia de enajenación anticomunista genocida y la demagogia socialista-liberal repercute en un consenso tradicional de conservadurismo democrático.

9. Bibliografía

Alonso Fernández, A. (2020). *Tierra de nuestra tierra. Beato Juan Alonso Fernández: Misionero asturiano mártir en El Quiché*. Gráficas La Cooperativa.

Alvarenga, P. (1996). *Cultura y ética de la violencia: El Salvador, 1880-1932*. EDUCA.

Asociación de Investigación y Estudios Sociales [ASIES]. (1991). *Más de 100 años del movimiento obrero urbano en Guatemala* (vol. I). Piedra Santa.

Bataillon, G. (2008). *Génesis de las guerras intestinas en América Central (1960-1983)*. FCE.

Bendaña Perdomo, R. (2014). *La Iglesia en la Historia de Guatemala, 1500-2000*. Artemis Edinter.

Bianchetti, R. & Otero Diez, S. (2021). *Beatos Mártires de Quiché*. Kirios.

Cambor, J. L. (1985). *Dieron la vida. Mártires MSC en Centroamérica*. Sever Cuesta.

Chopin Portillo, J. V. (2017). *Teología del martirio cristiano, implicaciones socioeclesiales*. Imprenta y Offset Ricardone.

Ellacuría, I. (1999). *Filosofía de la realidad histórica*. UCA Editores.

García Canclini, N. (2008). *Latinoamericanos buscando un lugar*. Paidós.

León Portilla, M. (2017). *Humanistas de Mesoamérica*. FCE.

Lobos, S. (2001, 25 de abril). Los Mártires de Quiché y las víctimas del Mediterráneo en el corazón del Papa. *Vatican News*. <https://www.vaticannews.va/es/papa/news/2021-04/martires-del-quiche-tragedia-en-mediterraneo-papa-regina-coeli.html>

Martín-Baró, I. (2020). *Acción e ideología*. UCA Editores.

Martínez Peláez, S. (1994). *La patria del criollo*. Editorial en Marcha.

Molina Martínez, J. C. (Dir.). (2021). Dieron la vida. Capítulo 11: Los laicos mártires. Su papel en la Iglesia. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=qjnzadVNTq0> [Documental].

Nickless, L. (2011). *Trilogía de la violencia. Narrativa de Marco Antonio Flores*. FLACSO.

Oficina de Derechos Humanos, Arzobispado de Guatemala. (1998). *Guatemala: Nunca Más* (2 vols.). ODHAG.

Palma, G. (Ed.). (2012). "Romper las cadenas". *Orden finca y rebeldía campesina: el proyecto colectivo Finca La Florida*. AVANCSO.

Parkman, P. (2006). *Insurrección no violenta en El Salvador*. DPI-CONCULTURA.

Ruano, V. M. (2001, 10 de abril). Mártires de la Iglesia en Quiché. *Prensa Libre*. <https://www.prensalibre.com/opinion/columnasdiarias/martires-de-la-iglesia-en-quiche/#:~:text=Ellos%20son%3A,la%20tierra%20bendita%20de%20Guatemala.&text=Juan%20Barrera%20M%C3%A9ndez%20asesinado%20despu%C3%A9s,solo%2012%20a%C3%B1os%20en%201980>.

Santos, C. p. (2018). *Positio super martyrio. Beatificationis seu declarationis martirii servorum dei Iosephi Mariae Gran Cirera Sacerdotis Professi Missionariorum Sacratissimi Cordis iesu et IX Sociorum in odium fidei, uri fertur, interfectorum (+ 1980-1991)*. Nova Rest srl.

Soria, J. C. (1986). *Centroamérica, de la colonialidad al Estado*. Universidad de San Carlos.

Torres-Rivas, E. (2015). *Centroamérica: entre revoluciones y democracia*. Siglo XXI.

Mackenbach, W. & Maihold, G. (Eds.). (2015). *La transformación de la violencia en América Latina*. F & G Editores.

